

La promesa de la felicidad a prueba del psicoanálisis : Freud frente a la modernidad

(La locura de la felicidad, Coloquio FEP/I'@psychanalyse, Montpellier 29-06-24)

F. DESPLECHIN

«Freud está superado». Esta frase la he escuchado de colegas o de estudiantes de psicología. El problema no es criticar a Freud, sino que resulta desalentador oír estas críticas cuando provienen de personas que no lo han leído o que lo han leído mal. Entonces, ¿qué significa «Freud está superado»? Creo que significa: el método freudiano no funciona, no proporciona la felicidad.

Escrito hace casi un siglo, *“El malestar en la cultura”*¹ reflexionaba sobre las razones de la infelicidad del ser humano. El análisis de Freud es sombrío: no solo el hecho de vivir en la cultura no aporta felicidad, sino que quizás la civilización contiene en sí misma las semillas de la desgracia. Las metodologías contemporáneas de la psicología positiva, según su discurso, podrían remediar esto.

¿Está obsoleto lo que Freud dijo en 1930 sobre las causas de la infelicidad humana, o sigue diciendo algo vigente que no queremos escuchar?

Ser infeliz, a escala planetaria, es más bien probable. Los conflictos, las guerras, los genocidios nunca han cesado y sería arriesgado afirmar con certeza que la humanidad avanza hacia la paz. También es necesario poder comer lo suficiente, tener acceso al agua y contar con un refugio.

Pero esta lista, que garantiza la seguridad y la satisfacción de las necesidades básicas, no es sinónimo de felicidad. Y la cuestión de la necesidad no pertenece al campo del psicoanálisis, ya que su dominio es el del deseo.

En términos de tormentos psíquicos, necesidad y deseo son muy diferentes: si la necesidad tiene objetos que la satisfacen, el deseo, en cambio, no los tiene (no porque hayamos comido hasta saciarnos dejamos necesariamente de desear).

Freud escribe que estamos amenazados por el sufrimiento desde tres frentes: nuestro propio cuerpo, el mundo exterior y nuestras relaciones con los demás. De estos sufrimientos, el último ocupa, según él, un lugar particular, pues parece que no queremos admitir que es una fuente de dolor tan inmutable como las otras. Creemos que nuestras instituciones deberían protegernos de la infelicidad, cuando, según Freud, podrían ocultar una «ley de la naturaleza invencible», un sufrimiento cuya fuente se encuentra en nuestra propia constitución psíquica.

Ni el comunismo ni el capitalismo han limitado las relaciones de poder y agresividad. La finalidad del comunismo, al abolir la propiedad privada, lo acercó a aquello que quería conjurar, y si el capitalismo parece haber triunfado, es a costa de excluir del análisis las desigualdades sociales que produce y los efectos desastrosos de la industrialización sobre el planeta. Este fracaso se debe a que la agresividad entre los seres humanos no fue creada por

¹ Sigmund Freud (1929), *Malaise dans la civilisation*, in *Revue française de psychanalyse*, PUF, Bibliothèque de psychanalyse, Paris, traduit de l'Allemand par Ch et J Odier, 1934.

la propiedad privada: ya existía en los tiempos primitivos, incluso antes de que la propiedad privada surgiera (si los conquistadores imaginaban que los indígenas llevaban una vida simple y feliz, cambiaron rápidamente de opinión, y el «mito del buen salvaje» nunca convenció realmente a Freud, quien veía en ese estado sin organización social el riesgo mayor de que el individuo más fuerte impusiera sus intereses pulsionales y sexuales en detrimento de los demás).

La construcción del derecho plantea un problema crucial. En efecto, se basa en el sacrificio de las pulsiones personales y en la limitación del goce individual, lo que genera un malestar. Es difícil lograr que el ser humano intercambie su libertad por la represión pulsional, dice Freud, ya que siempre tenderá a defender su placer individual contra la voluntad de la masa. Freud llega así a una conclusión que, a primera vista, parece contradictoria: lo que llamamos cultura es en gran parte responsable de nuestra infelicidad. Retomando su segundo dualismo pulsional, sostendrá a partir de entonces que la agresividad es una disposición instintiva primitiva y autónoma del ser humano, y que constituye el mayor obstáculo para la civilización.

En “*Happycracia*”², E. Illouz y E. Cabanas describen el auge del pensamiento positivo, ampliamente dominante en la actualidad. En Estados Unidos, en los años 60/70, la corriente liberal derivada del pensamiento de Bentham sostiene que la política debe incrementar la felicidad del individuo, lo que supone un sutil cambio de paradigma, ya que hasta entonces la política consideraba la felicidad como un asunto colectivo. Al encontrarse con esta corriente y con la mitología del *self-made-man*, la psicología positiva surge proponiendo la felicidad como el nuevo horizonte del yo. Hacia finales de los años 90, en ruptura con el psicoanálisis, Seligman, quien sería elegido presidente de la Asociación Americana de Psicología, propone un cambio de enfoque: la psicología habría tomado un camino equivocado al centrarse en la infelicidad y debería enfocarse en lo positivo para desarrollar las capacidades de felicidad del ser humano.

Uno de sus primeros financiadores es el ejército estadounidense, que invierte 145 millones de dólares en el proyecto *Comprehensive Soldier Fitness* (preparación integral del soldado) con el objetivo de mejorar la moral de las tropas, limitar los efectos del estrés postraumático e incluso reincorporar a los soldados al frente. Posteriormente, Coca-Cola invierte en estas investigaciones para aumentar el bienestar y la productividad de sus empleados. Hoy en día, en algunas empresas, la psicología positiva es utilizada por los departamentos de recursos humanos para crear un «buen ambiente de trabajo» o incluso en las entrevistas de despido. El efecto buscado, y a veces conseguido, es que los empleados despedidos salgan de la entrevista convencidos de que se enfrentan a una oportunidad para reinventarse y alcanzar un futuro profesional brillante.

Al poner el énfasis en la «responsabilidad del sujeto», E. Illouz concluye que la psicología positiva transforma la infelicidad en un fracaso psíquico, haciendo que la felicidad y el éxito dependan exclusivamente de disposiciones internas.

La psicología positiva plantea un problema político y un problema clínico. Políticamente, al concebir la felicidad como un asunto individual, fomenta la desmovilización social. Clínicamente, al transformar el sufrimiento en un «enemigo de la buena psique», corre el riesgo de hacer que el sujeto sea impermeable tanto a su propio sufrimiento como al de los demás, o incluso de inducirle un sentimiento de vergüenza ante su propio dolor.

² Cf. Cabanas E., Illouz E., *Happycratie. Comment l'industrie du bonheur a pris le contrôle de nos vies*, Paris, Éditions Premier Parallèle, 2018.

Volviendo a “*El malestar en la cultura*”, vemos que la abolición de la propiedad privada no impidió la concentración de riquezas, y el capitalismo no ha conseguido mejores resultados en términos de igualdad. La agresividad humana se oculta en el deseo: incluso en una sociedad con suficientes recursos para todos, estos no se distribuirán equitativamente. Y, yendo más lejos, podríamos retomar la frase de Sacha Guitry sobre los restaurantes: «*apenas te sirven, ya estás mirando lo que hay en el plato del vecino*».

Cuando la psicología positiva se vincula a la investigación experimental, genera técnicas de tratamiento estandarizadas, aplicables objetivamente a cada patología independientemente del paciente. Esto plantea un paradoja clínica, ya que *clínica* significa «al pie de la cama del paciente» y designa la relación singular entre el cuidador y el enfermo cuando no hay tratamiento. Para estandarizar un método, primero hay que estandarizar el sufrimiento, lo que implica dejar de lado lo que hay de único en la historia de cada paciente. Escuchar de manera estandarizada casi invierte el estatuto de la palabra: «*se está mejor al decirlo*» ya no significa «*mejoro al hablar de lo que no entiendo de mí mismo y que me hace sufrir con un especialista*», sino más bien: «*mejoro al no decirle al especialista lo que me hace sufrir*». En otras palabras, si este especialista sabe «*qué tengo*» (diagnóstico), entonces tal vez pueda aplicar la técnica terapéutica comprobada que «*tiene*».

Sin embargo, «descubrir el verdadero yo» o «fortalecer el potencial de la persona» aislándose de las opiniones de los demás se asemeja a una regresión hacia el *yo-placer*. De alguna manera, la psicología positiva propone 1) cambiar la perspectiva sobre los acontecimientos y relativizarlos; 2) “fomentar el yo-placer” (en el sentido que Freud describe en respuesta a R. Rolland³).

Si bien apartarse del vínculo social puede generar un alivio temporal, esto no garantiza la felicidad. Ciertamente, los otros limitan mi placer, pero esta incomodidad podría entenderse como una expresión de la pulsión de vida. Elegir evitar todo malestar podría, en cambio, acercarse a la pulsión de muerte.

Freud señala que la cultura oculta algo: hace creer que el ser humano es un ser bueno que solo se defiende cuando es atacado, cuando en realidad lleva en sí mismo una agresividad constitutiva. Ser feliz es un proyecto irrealizable y no forma parte del orden del universo, dice Freud. No obstante, menciona algunas compensaciones que pueden hacer la vida aceptable y brindarnos placer. Está, por supuesto, el cuerpo y los placeres que puede experimentar —la sexualidad, los estupefacientes—, y están los demás, que entran en el ámbito de la sublimación. El arte, aunque es una ilusión en relación con la realidad, es psíquicamente eficaz, aunque esta satisfacción, como la que el pensador encuentra en la resolución de un problema, sigue siendo un consuelo parcial, una «ligera narcotización». Otras corrientes de sabiduría abogan por la moderación y por reducir el malestar de la insatisfacción pulsional relativizándolo.

Pero la idea de que podemos ser felices todo el tiempo es simplemente falsa: no hay subida sin bajada, y la subida vista desde el otro lado es ya su propia caída. El psicoanálisis no promete nada en este sentido, y en eso es un pésimo sofista: no le dice al otro lo que quiere escuchar. De hecho, por eso el analista habla poco: para que el sujeto escuche lo que realmente está pidiendo.

³ *Malaise dans la civilisation*, op. cité et Romain Rolland, lettre à Sigmund Freud, 5 décembre 1927, in, *Un beau visage à tous sens. Choix de lettres de Romain Rolland (1866-1944)*, Paris, Albin Michel, 1967, p. 264-266.

Entonces, Freud está superado. Su técnica no funciona y escuchar lo que significa la demanda de felicidad no conduce a la felicidad. ¿Pero eso significa que hay que hablar de un fracaso? La pulsión de muerte opera como una realidad de la que no podemos deshacernos completamente. Escotomizar lo real equivale a negar la complejidad de la psique humana, y no podemos conformarnos con un «*si es complicado, mejor consideremos que no existe*» o un «*si es complicado, es porque tú complicas las cosas*».

En las relaciones con los demás y en la cultura, la pulsión de muerte se infiltra en las frustraciones de la vida colectiva, entrelazándose con el proceso mismo de la civilización. En la psicología positiva, se oculta en una suerte de individualismo, que propone limitar las relaciones con los demás, reactivando el proceso del yo-placer.

Gran parte del trabajo del psicoanálisis consiste en nombrar el mundo, no necesariamente en cambiarlo. Nos queda la opción de negar la pulsión de muerte o de reconocer su existencia.

«*Si quieres la paz, prepárate para la guerra*⁴», concluye Freud en “*El porvenir de una ilusión*”. Podríamos parafrasearlo:

«*Si quieres la felicidad (o si quieres limitar la infelicidad), prepárate para la pulsión de muerte*».

Freud está superado. Pero siempre lo ha estado.

⁴ Sigmund Freud, *L'avenir d'une illusion*, trad. M. Bonaparte, PUF, Bibliothèque de psychanalyse, Paris, 1973.